

6. EL TRABAJO RECURSO PARA LA FAMILIA

A. Canto y saludo inicial

B. Invocación del Espíritu Santo

C. Lectura de la Palabra de Dios

¹⁰Una mujer fuerte, ¿quién la hallará?
Supera en valor a las perlas.
¹¹Su marido se fía de ella
pues no le faltan riquezas.
¹²Le trae ganancias, no pérdidas,
todos los días de su vida.
¹³Busca la lana y el lino
y los trabaja con la destreza de sus manos.
¹⁴Es como nave mercante,
que importa el grano de lejos.
¹⁵Todavía de noche, se levanta
a preparar la comida a los de casa
y repartir trabajo a las criadas.
¹⁶Examina un terreno y lo compra,
con lo que gana planta un huerto.
¹⁷Se ciñe la cintura con firmeza
y despliega la fuerza de sus brazos.
¹⁸Comprueba si van bien sus asuntos,
y aún de noche no se apaga su lámpara.
¹⁹Aplica sus manos al huso,
Con sus dedos sostiene la rueca.
²⁰Abre sus manos al necesitado,
y tiende sus brazos al pobre.
²¹Si nieva, no teme por los de casa,
pues todos llevan trajes forrados.
²²Ella misma se hace las mantas,
se viste de lino y de púrpura.
²³En la plaza respetan al marido,
cuando está con los jefes de la ciudad.
²⁴Teje prendas de lino y las vende,
provee de cinturones a los comerciantes.
²⁵Se viste de fuerza y dignidad,
sonríe ante el día de mañana.
²⁶Abre la boca con sabiduría,
su lengua enseña con bondad.
²⁷Vigila la marcha de su casa,
no come su pan de balde.
²⁸Sus hijos se levantan y la llaman dichosa,
su marido proclama su alabanza:
²⁹«Hay muchas mujeres fuertes,
pero tú las superas a todas».
³⁰Engañosa es la gracia, fugaz la hermosura;
la mujer que teme al Señor merece alabanza.
³¹Cantadle por el éxito de su trabajo,
que sus obras la alaben en público.
(Pr 31, 10-31).

D. Catequesis bíblica

1. Una mujer fuerte, ¿quién la hallará? En el retrato del libro de los Proverbios, la actividad de la mujer asume un valor de importancia primordial en la economía doméstica y familiar. La mujer, figura de la sabiduría humana y divina a la vez, expresa a través de su trabajo la genialidad creativa de toda la humanidad. Las cualidades atribuidas a la mujer, de hecho, pueden valer para todas las personas llamadas al **sentido de responsabilidad para con la familia y el trabajo**.

El cuadro que aquí se delinea es el de la mujer ideal, que vive relaciones buenas en el seno de la familia. Confiando en la habilidad organizativa y en la actividad laboral de la mujer, en Israel el marido podía dedicarse a la profesión de juez, un papel que correspondía a los hombres sabios, normalmente a los ancianos que con el tiempo habían adquirido la sabiduría.

Esta división de las tareas domésticas y profesionales ilumina la importancia del común acuerdo entre marido y mujer a la hora de planificar el trabajo de ambos: a cada uno se le pide que **procure que el otro pueda expresar mejor sus talentos**. A su vez la sociedad debe dar a la familia todo el sostén posible, para que los cónyuges tengan la posibilidad de tomar libre y responsablemente sus decisiones laborales.

También los hijos, junto con el marido, alaban a la madre, exaltando sus dotes. En sus rasgos ciertamente idealizados, este cuadro familiar se ofrece como un modelo en el que inspirarse y encontrar estímulo.

La familia ejemplar vive en el temor de Dios y pone en Él su confianza. La prosperidad de la que goza, reconocida como don divino, es custodiada y valorada en la laboriosidad cotidiana.

La mujer se da cuenta de la responsabilidad que se le ha confiado y se aplica sin ahorrar energías para corresponder a la tarea que se le ha pedido. Con su actitud, invita a todos a ser responsables de las propias acciones, pero también a cuidar de los demás miembros de la familia y a preocuparse de la vida social contribuyendo al bien común. Los dones y las dotes personales son al mismo tiempo **una responsabilidad con Dios y con el prójimo**. El pensamiento corre a la parábola de los talentos, que se dan a cada uno para que los multiplique (cf. **Mt** 25, 14-30).

2. Todavía de noche, se levanta. El hecho de que la mujer se levante de noche y su trabajo nocturno describen un celo que elimina toda forma de pereza. La laboriosidad de la mujer, distante de toda negligencia, se subraya más veces a lo largo del texto observando que ella «vigila la marcha de su casa, no come su pan de balde».

Toda persona está llamada a **vigilar constantemente para no ceder a la tentación de la pereza**, faltando a sus responsabilidades y descuidando sus compromisos.

El retrato de la mujer ideal, ajena a cualquier forma de pereza, es el icono de quien no teme fatiga y sacrificios porque sabe que el dispendio de sus energías no es vano sino que tiene

un sentido. Con su trabajo, en efecto, provee a las necesidades de su familia y es capaz de socorrer también al pobre y al mendigo.

Este ejemplo, siempre actual, interpela la vida familiar. Entre las responsabilidades de la familia está la de abrirse a las necesidades de los demás, ya sean cercanos o lejanos. La atención a los pobres es una de las formas de amor al prójimo más hermosas que puede vivir una familia. Saber que con el propio trabajo se ayuda a quien no tiene lo necesario para vivir fortalece el compromiso y sostiene en la fatiga. Por otro lado, dar lo que se posee a quien no tiene nada, compartir con los pobres las propias riquezas significa reconocer que **todo lo que hemos recibido es gracia**, y que en el origen de nuestra prosperidad, en cualquier caso, está un don de Dios, que no podemos retener para nosotros, sino que debemos hacer partícipes a los demás.

Con esta actitud se promueve la justicia social y se contribuye al bien común, contestando la posesión egoísta de la riqueza y contrastando la indiferencia por el bien común.

3. Abre la boca con sabiduría. Una cualidad característica de la familia ideal es la de abstenerse del cotilleo. ¿De qué se habla en la familia? ¿Cuál es el contenido de las conversaciones? El atractivo de la mujer retratada en el libro de los Proverbios radica también en el hecho de que «abre la boca con sabiduría, su lengua enseña con bondad». Los padres tienen la tarea de enseñar a los hijos a cumplir el bien y a evitar el mal y, asimismo, a apreciar el mandamiento del amor a Dios y al prójimo. **La coherencia de vida de los padres fortalece su enseñanza y la hace verdadera**, especialmente cuando se refiere al bien que hay que hacer y al amor que hay que vivir. El modelo de quien vive lo que enseña es perennemente válido y, sobre todo hoy, conserva toda su inigualable eficacia.

La comunicación actual a menudo es distorsionada: se dicen palabras y se lanzan mensajes con la ligereza de quien no se asume ninguna responsabilidad por las consecuencias de lo que afirma. La persona responsable busca la verdad de los hechos y habla de aquello de lo que está convencida. La sabiduría bíblica invita a rehuir la mentira y a evitar las conversaciones vanas. La familia cristiana, escuchando la Palabra de Dios, tiene la gran responsabilidad de testimoniarla fielmente, evitando que se vea sofocada por tantas palabras inútiles.

En una sociedad donde la comunicación distorsionada y mentirosa está en el origen de numerosos sufrimientos e incomprensiones, la familia puede convertirse en **el contexto propicio para la educación a la sinceridad y a la verdad**. Admitir los propios errores, pidiendo perdón y asumiendo coherentemente las propias responsabilidades, no es en absoluto un estilo de vida espontáneo, al cual educar a los hijos desde la más tierna edad.

Hablando con sabiduría, la mujer ideal sólo «enseña con bondad». La sabiduría de la Palabra consiste en **dar voz al bien**, evitando conversaciones sólo de crítica que arruinan el diálogo familiar. Para ello, es preciso dejar que la escucha de la Palabra de Dios, iluminando y enriqueciendo la calidad de la comunicación, haga que la vida familiar sea más evangélica.

4. Sonríe ante el día de mañana. La vida familiar, y de la mujer dentro de la familia, no es tan fácil ni está al alcance de la mano, como parece en la descripción ideal del libro de los Proverbios.

Cuando, por ejemplo, la mujer se ve obligada a un doble trabajo, dentro y fuera de casa. Esto hace que, por ejemplo, sea de decisiva importancia, tanto desde el punto de vista práctico como afectivo, **que los cónyuges compartan las tareas educativas y colaboren en las tareas domésticas**. Hoy día, para numerosas familias la presencia de los abuelos resulta más valiosa que nunca y, sin embargo, se corre el riesgo de que su aportación a la vida familiar sea demasiado poco reconocida y excesivamente explotada.

El atractivo de la mujer que sonríe ante el día de mañana, recordando así la esperanza para el futuro, es de gran actualidad.

Aun con sus fatigas cotidianas, **numerosas familias representan un auténtico signo de esperanza** para nuestra sociedad. La virtud de la esperanza tiene su origen en el encomendarse confiadamente a la Providencia divina.

Es más que un deber mostrar gratitud para con toda mujer y madre: «Cantadle –observa el libro de los Proverbios– por el éxito de su trabajo». El trabajo doméstico de cuidado de la casa, de educación de los niños, de asistencia de los ancianos y de los enfermos, tiene un valor social mucho más elevado del de muchas profesiones laborales, que por otra parte están bien retribuidas. La **insustituible contribución de la mujer** a la formación de la familia y al desarrollo de la sociedad está todavía a la espera del debido reconocimiento y la adecuada valoración.

La familia es el contexto para la formación de muchas virtudes, es también escuela de reconocimiento por el compromiso de los padres, llevado a cabo con gratitud y amor. Aprender a decir «gracias» no es en absoluto algo que se pueda dar por descontado y, sin embargo, totalmente indispensable.

«**Don y responsabilidad**» constituyen el binomio dentro del cual se sitúa el trabajo de la familia y de cada uno de sus miembros. Todos están llamados a reconocer los dones que han recibido de Dios, a poner los suyos a disposición de los demás y a valorar los de los demás. Cada cual es responsable de la vida de los demás: con el trabajo provee al bien de todos en la familia y puede asimismo contribuir a las personas necesitadas. Viviendo así, los afectos y los vínculos familiares se dilatan hasta llegar a reconocer en todo hombre y mujer a un hermano y a una hermana, todos hijos del mismo Padre.

E. Escucha del Magisterio

El trabajo es un recurso para la familia, en dos sentidos: porque constituye una fuente de sostén y de desarrollo de la familia y, al mismo tiempo, es un lugar en el cual se ejerce la solidaridad entre las familias y entre las generaciones. La enseñanza de la Iglesia sugiere mantener en relación el trabajo con la familia. Por lo demás, ¿qué modelo de desarrollo podríamos imaginar sin la familia que recoge sus frutos y que a través de las propias decisiones generativas orienta los desarrollos posteriores? Laborem Exercens propone la correlación del trabajo con la familia y nos recuerda que «la familia es, al tiempo mismo, una

comunidad hecha posible gracias al trabajo y la primera escuela interior de trabajo para todo hombre».

Trabajo y familia

El trabajo es el fundamento sobre el que se forma la vida familiar, la cual es un derecho natural y una vocación del hombre. Estos dos ámbitos de valores –uno relacionado con el trabajo y otro consecuente con el carácter familiar de la vida humana– deben unirse entre sí correctamente y compenetrarse correctamente. El trabajo es, en cierto sentido, una condición para hacer posible la fundación de una familia, ya que esta exige los medios de subsistencia, que el hombre adquiere normalmente mediante el trabajo.

Trabajo y laboriosidad condicionan a su vez todo el proceso de educación dentro de la familia, precisamente porque cada uno “se hace hombre”, entre otras cosas, mediante el trabajo, y ese hacerse hombre expresa precisamente el fin principal de todo el proceso educativo.

Evidentemente aquí entran en juego, en cierto sentido, dos significados del trabajo: el que permite la vida y sustentamiento de la familia, y aquel por el cual se realizan los fines de la familia misma, especialmente la educación.

No obstante, estos dos significados del trabajo están unidos entre sí y se complementan en varios puntos. En suma, se debe recordar y afirmar que la familia constituye uno de los puntos de referencia más importantes, según los cuales debe formarse el orden socio-ético del trabajo humano. La doctrina de la Iglesia ha dedicado siempre una atención especial a este problema y en el presente documento convendrá que volvamos sobre él. En efecto, ***la familia es, al mismo tiempo, una comunidad hecha posible gracias al trabajo y la primera escuela interior de trabajo para todo hombre.*** [*Laborem Exercens*, 10]

F. Preguntas para la pareja de esposos y para el grupo

PREGUNTAS PARA LA PAREJA DE ESPOSOS

1. ¿Damos gracias al Señor por el trabajo que nos permite mantener a nuestra familia?
2. ¿Qué relación existe entre el hecho de que seamos trabajadores y nuestra vocación de cónyuges y padres?
3. ¿Las tareas domésticas y el cuidado de los hijos son compartidos por ambos?

PREGUNTAS PARA EL GRUPO FAMILIAR Y LA COMUNIDAD

1. ¿En el mundo del trabajo subsisten discriminaciones injustas entre hombres y mujeres, entre mujeres solteras y casadas?
2. ¿Qué papel educativo pueden desempeñar la familia, la escuela y la parroquia a la hora de formar a los jóvenes en el valor de la laboriosidad y de la responsabilidad social?
3. ¿Cómo recuperar hoy la solidaridad en el mundo del trabajo? ¿Qué ayuda puede dar la Iglesia?

G. Un compromiso para la vida familiar y social

H. Preces espontáneas. Padre Nuestro

I. Canto final